

## **EL INGENIOSO DON FRANCISCO DE ORTEGA SUS VIAJES Y NOTICIAS CALIFORNIANAS, 1632-1636**

Entre los exploradores que llegaron a California en el siglo XVII destaca uno al que el doctor Miguel León Portilla lo llamó “El ingenioso don Francisco de Ortega”. Y a través de su narración justifica el por qué le llamó de ese modo.

En esos años, el virrey Marqués de Cerralvo por orden del rey, había suspendido las licencias para viajar a California, después de los fracasos que habían tenido los anteriores expedicionarios y los gastos que habían ocasionado a la Corona.

Pese a ello, Ortega buscó la manera de conseguir la autorización y no halló mejor recurso que enviarle un memorial al virrey en el que le proponía servirle, para investigar la realidad de las condiciones que guardaba la California y los motivos de los fracasos de años atrás. Asimismo le prometía recorrer las costas en busca de fondeaderos y su descripción.

En la licencia concedida, el virrey le decía: “... hacer viaje vía recta a las dichas Californias, descubrir y reconocer los puertos y ensenadas de aquellas islas y costas, observando los rumbos, derroteros y alturas de la navegación... procurando con particularidad enterarse de que naturales habitan aquella tierra, sus costumbres y modo de vivir, sin hacerles ofensa ni mal trato, antes toda la caricia y agasajo posible...”.

Y por no dejar, el virrey también le recomendó: “... informarse si tienen algunas riquezas, plata, oro u perlas, y si hay pesquerías dellas, como por diversas relaciones se ha entendido, y en que partes, autenticándolo todo con fe y testimonios autorizados de escribano...”.

El 27 de febrero de 1632 a bordo de la fragata Madre Luisa de la Ascensión, la que por cierto tardó cuatro años en construir con sus propios recursos, Ortega zarpo rumbo a las Californias, pero un temporal los obligó a refugiarse en el puerto de Mazatlán. Al fin, el

tres de mayo avistaron la península y al pasar por una isla cercana a la bahía de La Paz la bautizó con el nombre de Cerralvo.

La expedición continuó hacia el extremo sur donde desembarcaron en la bahía de San Bernabé, lugar cercano a Cabo San Lucas. En ese lugar tuvieron contacto con los indígenas pericúes que se acercaron a la nave en sus balsas y canoas con el fin de intercambiar “pellejos muy bien curtidos de venados, leones y otros animales y nos trajeron algunas perlas quemadas y acanaladas...así como todo el pescado que podíamos comer...”.

En ese lugar un soldado se extravió en el monte, pero una india lo encontró y lo llevó al corral de piedras donde vivía. Como se hizo de noche tuvo que dormir allí para lo cual le ofrecieron un petate y unos cueros de venado para que se cobijara. De su estancia, el soldado refirió que “todas las indias chicas y grandes, todas andan vestidas de pellejos de animales y que las dichas indias son de buenos rostros y muy vergonzosas... los indios son bien dispuestos, robustos y ágiles para cualquier cosa, que al parecer fuera muy fácil reducirlos a nuestra santa fe católica...”.

En ese primer viaje, Ortega recorrió parte de las costas por el lado del mar de Cortés, desembarcó en el puerto de La Paz y le puso nombre a la isla Espíritu Santo. A causa del mal tiempo regresó a la contracosta en el mes de julio de 1632. En su segundo viaje de 1633 a 1634 llegaron de nuevo a La Paz en donde establecieron un campamento dada la buena aceptación de los nativos. Allí se construyeron varias chozas mientras que Ortega recorría la bahía en busca de bancos perleros.

Es muy probable, aunque las crónicas no lo dicen, que en la exploración de los fondos marinos, Ortega haya utilizado una especie de campana inventado por él, construida de madera y plomo en el que podían caber dos personas durante diez o doce días sin riesgo de ahogarse. Aunque había antecedentes de aparatos semejantes en siglos anteriores, no deja de ser sorprendente el fabricado por este navegante. Es lo que la ciencia ha conocido con el nombre de “batiscafo”.

En su tercero y último viaje —1636— por poco y no la contaban. Poco antes de llegar a La Paz tuvieron que sortear una fuerte tempestad que destruyó la fragata y los tripulantes a duras penas pudieron llegar a la costa. Pero ese desastre no amilanó al antiguo carpintero de ribera. Con los restos del naufragio construyó en 46 días una nueva embarcación conocida en ese entonces como “barco mastelero”, aparejada de mástil y vela, propia para recorrer las costas. Con ella recorrieron la parte norte de la península hasta la altura de la isla San Lorenzo y el canal de Salsipuedes.

De sus tres viajes, a Ortega se le recuerda por que le puso nombre a varias islas, entre ellas Las Ánimas, San Diego, Monserrate, del Carmen, Danzantes, San Marcos y Tortuga. Pero, además, por sus aportaciones etnográficas en las que describe las formas de vida de los indígenas pericúes y guaycuras, como las ceremonias fúnebres en ocasión de la muerte del hijo del cacique Bacarí.

El capitán Francisco de Ortega “con su arcabuz, peto acerado, adarga, espada y daga”, como lo describen en su primer viaje, fue uno más de los atrevidos expedicionarios que llegaron a las Californias en busca de fama y riquezas.

La conquista de la sierra de “La Giganta” en Baja California Sur en 1683

Sierra “La Giganta” en Baja California Sur

“La Giganta” es un enorme promontorio que sobresale en la costa sur de Baja California; sus laderas del lado oeste son más pronunciadas que las del Este, por lo que la expedición tendría un duro escollo que resolver, ya que San Bruno se encuentra en la costa occidental de la “mayor isla del orbe” según la creencia de aquel entonces. Kino escogió un buen caballo; en sus alforjas llevaba los instrumentos de navegación que le permitirían hacer los cálculos correspondientes para la elaboración de los mapas, sin apartarse de aquellos pequeños regalos, libros y papeles para sus increíbles diarios en el registro meticuloso de sus observaciones y acontecimientos que nos han permitido conocer esta historia. La comitiva expedicionaria estaba compuesta de 25 soldados, 6 indios Mayos, 12 indígenas naturales de California (6 “Didius” y 6 edúes). Se utilizaron 14 caballos, 4 mulas de carga y provisiones para 12 días. Blas de Guzmán y el Padre Goñi se quedarían en la Misión mientras que en la Isla de Coronado, a bordo de la “Capitana”, permanecieron en vigilancia 10 marineros y el Alférez Lorenzo de Lezcano.

La expedición por el centro de California incluyó por 25 soldados españoles.

El día 01 de diciembre se inicia la conquista de “La Giganta” bajo el mando de Atondo y Kino, en una trayectoria histórica pues muchos sitios fueron puestos al descubierto para el mundo en aquella memorable ocasión. Tres leguas (12 km) al noroeste se encontraron abundancia de agua y grandes pastizales, un lugar a que los nativos llamaban “Londó” y que al tiempo se convirtió en la Misión de San Juan Londó; aquí se unieron al grupo 5 nativos. Más adelante descubrieron un gran manantial al que llamaron de San Francisco Xavier. Justamente al llegar al pie de la gran montaña al tercer día de camino, Atondo termina convenciéndose que es imposible continuar con los caballos por aquella ruta

escarpada, en una ladera tan pronunciada, y decide continuar a pié dejando los animales a cargo de 6 hombres.

Atondo escribe: "Proseguimos nuestra jornada cargando cada cual el bastimento que pudo, y subiendo algunos soldados ágiles, sin armas y descalzos, nos arrojaron una soga y amarrándonos por la cintura, pudimos subir los demás. Este día andaríamos como 6 leguas (24km)", y añade, "por hallarme rendido y ampollados los pies, otros cinco soldados y el cirujano no pudimos pasar adelante; otro día mandé al Alférez Nicolás de Contreras Ladrón de Guevara que fuese con los demás a descubrir la tierra más adentro; fue en su compañía el muy reverendo Padre Superior Eusebio Kino y cinco peones; salieron el día domingo y regresaron el lunes". La expedición pronto llegó hasta la cumbre de la montaña, hasta un sitio al cual pusieron por nombre de La Santa Cruz, esto en recuerdo de un hecho curioso cuando se tuvo que derribar un enorme cactus; al caer formó una cruz perfecta con otro palo. Es aquí cuando se le titula a esta sierra como "La Giganta"; Kino escribe: "por ser muy alta, que desde Yaqui al ponerse el sol se descubre, y también porque los días pasados habían dicho y creído algunos que en estas tierras de los Noys había gigantes, la llamamos La Giganta".

La vista era particularmente bella desde las alturas; enormes llanuras se observaron hacia el occidente a las que les dieron por nombre Dádivas de Francisco Xavier, ya que fueron descubiertas el día 3 de diciembre. No tardaron en aparecer algunos indígenas del lugar llamados "Noys", quienes al observar la expedición corrían desesperados a buscar refugio. A unas leguas de recorrido por el valle encontraron una laguna a la que llamaron de Santa Bárbara, lugar donde Atondo decide acampar. Al día siguiente Kino y 18 hombres prosiguen la exploración hacia el noroeste y se encuentran con un bonito valle al cual deciden nombrar como San José; otra gran laguna decoraba el paisaje la que titulan de San Salvador y un cerro también a la vista de grandes dimensiones es nombrado de San Eusebio. En un momento del camino la expedición fue abordada por 17 indígenas armados con arcos y flechas; Kino escribe: "Todos los señores soldados se pusieron en armas; yo saqué unos pañuelos colorados y unos abalorios, me fui acercando a los indios que luego pusieron sus armas en el suelo y se sentaron en señal de paz; el jefe de unos 50 años de edad se levantó y me hizo señas de que pasáramos adelante, hacia el norte, pero ni él ni los suyos hablaban palabra. Quedaron contentos todos y después nos dijeron que más al poniente, tras el cerro de San Eusebio, corría un río que iba a la contracosta (cosa que los otros indios nos han referido también en el Real de San Bruno, didius y edúes)". La expedición terminaría el día caminando de regreso a San José; el día 6 se reunieron con Atondo en Santa Bárbara, bajaron por el paso de Santa Cruz de nuevo a gatas hasta llegar al sitio donde dejaron caballos y mulas al pié de la montaña; finalmente, por la tarde del día 7 de diciembre eran recibidos con alegría en San Bruno. Inmediatamente Kino

comenzó a bosquejar el legendario mapa de la zona, mismo que fue concluido y enviado en la “Capitana” en su viaje por provisiones al Yaqui el 21 de diciembre de 1683.

Aunque este segundo reconocimiento de California, algunas veces llamada Carolinas por Kino, puede considerarse fructífero alcanzando el objetivo de lograr cierta exploración de La Giganta, Kino no estaba conforme. Tenía que descubrir un camino seguro y cómodo para los caballos y mulas hacia el otro lado de la gran montaña, pues la contracosta seguía siendo la meta final. Dos semanas después organiza una pequeña expedición con Nicolás de Contreras, 8 soldados a caballo y 4 nativos. Unas leguas adelante se les unieron 15 nativos más por corto tiempo; Kino relata: “... después nos fueron siguiendo Vicente y Eusebio (dos nativos), y también un cuervo que dos leguas antes había empezado a seguirnos, pues unas veces nos seguía, otras nos iba más adelante sin apartarse de nosotros más que cuando mucho un tiro de arcabuz; de esta manera nos vino acompañando toda la tarde en camino de más de seis leguas hacia el norte. Quedándonos siempre al poniente a mano izquierda la serranía o Sierra La Giganta, llegamos a un nuevo río que llamamos Santo Tomás, que era el día de este glorioso santo apóstol de las Indias”. Este río los llevaría caminándolo hacia arriba hasta una gran cañada que daba directamente hasta el parteaguas de La Giganta; detrás tendrían el comienzo de un afluente del Río de La Purísima, el cauce buscado que los habría de llevar hasta la contracosta. El problema estaba resuelto. La expedición continuó del otro lado de la Giganta unas leguas más, donde descubrieron nuevos asentamientos indígenas; de regreso fueron llevados por los mismos nativos a través de otros caminos más cortos para cruzar la sierra, al fin y al cabo dichas veredas habían sido pisadas por ellos desde tiempos inmemoriales, y evidentemente los conocían a la perfección. Para las festividades de navidad la expedición estaba de regreso a San Bruno y la buena noticia los motivó a organizar una tercera entrada.

### Región de las Primeras Exploraciones en California

Pero esta nueva exploración tendría que esperar a las nuevas provisiones que estaban siendo gestionadas en la costa de Sonora y Sinaloa. La verdad de las cosas, en términos generales, la Misión estaba pintando para fracaso. Se suponía que San Bruno debería bastarse por sí misma para desarrollarse, pero los recursos hidráulicos escasearon, no se podía regar y las lluvias no se veían por ningún lado. De cualquier forma los colonos se las ingeniaron para hacer producir algo de la tierra cavando algunos pozos en el arenal del río Grande; Kino escribe: “Y la experiencia nos iba enseñando que para la reducción de éstos (los indios), no había limosna ni regalo más a propósito que las cosas del diario sustento. Ni se duda que con las primeras aguas que vengan se podrán sembrar muchas milpas así

de maíz como de trigo, y de todo cuanto se da en Sonora, Hiaqui, Mayo y Sinaloa para el común socorro así de ellos como de nosotros”; por lo visto a Kino le faltaba conocer más la hidrología de la región.

Atondo también escribe acerca de las dificultades agrícolas: “... a mediados del mes de octubre del año pasado de 1683, el soldado Domingo Julián de Sosa, en un pedazo de tierra que le pareció de mayor humedad y a propósito, sembró unas matas de maíz, calabazas y garbanzos, y aunque no era el tiempo a propósito, no obstante llegó a crecer y a granar, aunque no con perfección por causa de las heladas del mes de diciembre, las cuales maltrataron y secaron todo lo sembrado”. En otra parte de su reporte añade: “... y por causa de haber cegado los vientos todo lo que se sembró en el arenal y caja del río no produjo sino sesenta o setenta matas que empezaron a caer en el abrigo de la fortificación, las cuales por falta de humedad no llegaron a granar con perfección y de las dichas matas se cogieron siete sacas y media de elotes, algunos de ellos vanos y sin grano alguno”. Aunque las cosas en la Colonia pasaban por tranquilas en términos generales, con mucho trabajo y dedicación, no todo era perfecto. Se supo del caso de la muerte de un indio de manos de un soldado que había sido emboscado por naturales ante lo cual el Almirante Atondo se mantuvo al margen.

El maíz no era conocido en California; no había agua segura y los intentos por cultivarlo fracasaron.

De cualquier manera los trabajos en San Bruno siguieron adelante; Kino relata en su diario del 24 de abril: “Se trabajó mucho en la fábrica del último baluarte, se le pusieron las vigas y morillos, pues dentro de este baluarte así como en los otros dos, había como un capaz aposento en que se pudieran poner bastimentos y otras cosas... vino toda la ranchería a ayudar mucho, como siempre, en la fábrica de la fortificación, acarreando zoquite, piedras, agua y leña para todo el real y zacate para los caballos”. Se sabía que la Colonia estaba dependiendo del exterior y Atondo estaba más que preocupado. Diariamente las miradas eran puestas en el mar azul del Golfo en espera de los suministros que traerían los veleros; para el mes de agosto Atondo describe lo que le queda de abasto: 3 carneros, 2 ovejas, 2 corderos, 33 cabras, 8 gallinas, 2 gallos, 9 costales de harina, 7 fanegas de maíz, 2 fanegas de frijoles, 16 arrobas de mantequilla, 25 quesos pequeños apolillados, un almud de garbanzos, medio almud de lentejas y dos almudes de chiles para 71 personas que había en la Colonia y cientos de naturales que trabajaban en la construcción a cambio de alimento. Diez meses después de haber salido de San Bruno, La Almiranta por fin regresa; aquel 10 de agosto de 1684 descargaron algunos suministros para felicidad del Almirante, aunque no le gustó mucho la llegada innecesaria de 20 hombres más que habría que alimentar, entre los cuales venía el Padre Copart en sustitución del P. Suárez, el

tercer fraile; también se bajó del barco el Veedor Real Muñoz de Moraza, que para colmo evidenciaba un estado de salud muy delicado.

La expedición pendiente a la contracosta tendría que esperar hasta el invierno, pues faltaban caballos y mulas para el transporte del equipo y soldados, además de los alimentos para la comunidad; San Bruno nada producía. Se organizaron varios viajes de la Almiranta hacia Yaqui; el primero de ellos inicia el 29 de agosto con Kino y el indígena Eusebio a bordo regresando el 25 de septiembre con 10 caballos, 2 mulas de carga y 45 carneros; el Padre jesuita iba también por objetos de regalo muy importantes para aquellos primeros acercamientos con los naturales. El indígena llegó maravillado. Al día siguiente, Goñi y cuatro indios más viajan en la segunda travesía regresando el 25 de octubre con otros 15 caballos, 2 mulas de carga y 150 arrobas de carne, todo del Yaqui. A los dos días La Almiranta regresa a Sonora por otras 15 mulas, 2 caballos, 2 cargas de pescado, 20 tercios de carne, 7 de queso, 12 fanegas de frijol, barras y herraduras calzadas. El 16 de noviembre se inicia el cuarto viaje y dos semanas después el velero se estaciona en San Bruno con 16 caballos, 1 mula y 1 macho aparejados, 55 carneros, 12 botijas de mezcal, 20 fanegas de sal, 50 fanegas de maíz y 12 arrobas de manteca (1 fanega=60 litros y 1 arroba=11 kilogramos).

Caballos y perros empezaron a verse en San Bruno (pintura europea de la época por Philips Wouwerman)

Para esta última travesía La Almiranta no podía más ya que le faltaban cables y estaba bastante deteriorada; urgía su reparación para dar servicio seguro por lo que se tomó la decisión de enviarla al taller de Matanchel; Muñoz de Moraza escribe: “La Almiranta ha ido a Yaqui cuatro veces, y espero en Dios que complete también éste, por su bien y por el nuestro, pues le falta casi todo y nosotros tenemos provisiones sólo para tres meses”. De la Capitana y la Balandra nada se sabía, así es que aquellos valientes Colonos se quedarían de nuevo aislados del mundo sin saber a ciencia cierta cual sería el destino de aquella aventura en San Bruno. Kino sabía que si no encontraban un río mejor del otro lado de La Giganta las cosas se complicarían; aquella tercera entrada a la Península prácticamente definiría el futuro de una Misión que día con día se complicaba cada vez más.

El 23 de diciembre de 1684 “La Almiranta” llegó a Matanchel proveniente de San Bruno en un viaje de 9 días; el Padre Copart acompañó al Capitán Andrés quien llevaba la encomienda de Kino de buscar más apoyos del Virrey. Atondo por su parte pedía la presencia de La Capitana y La Balandra con nuevos abastecimientos, pero principalmente, negociar la traída de buscadores de perlas, expertos que supieran zambullirse en las

transparentes aguas del Golfo; con la obtención de estas preciadas joyas, Atondo pretendía sufragar los costos de los productos alimenticios que no podían obtenerse aún en la California.

La Colonia volvía a quedarse sola, y mientras tanto, la expedición tomaba forma. San Isidro, un sitio localizado al Este-NorEste de San Bruno ofrecía un mejor lugar para el campamento; buenos pastos y agua segura permitían alimentar a la no poca cantidad de mulas y caballos que estaban siendo preparados para la travesía. En este lugar se levantó después la Misión de San Juan Londó. Con muchas interrogantes en el ambiente el plan se llevó a cabo; el 14 de diciembre el Padre Eusebio y el Almirante Atondo cabalgaron de San Bruno a San Isidro a encontrarse con el resto de la expedición que inmediatamente partió al día siguiente rumbo a la conquista del Mar del Sur. El grupo estaba formado por 29 soldados, 2 muleteros, 9 indígenas, Kino, Atondo y el doctor Castro.

El viaje por el Río La Purísima fue difícil para los exploradores

La travesía no resultó fácil. Mucho tiempo se perdía en cortar la maleza, remover las rocas de las montañas y rellenar huecos que permitieran el paso de las bestias con la carga y los soldados. A menudo Kino subía la montaña más alta para observar con sus aparatos el rumbo que debía tomar la expedición pues tenía el control de las brechas. La herradura de los caballos seguía siendo un gran problema por su desgaste en las rocas; días completos fueron utilizados para descansar a los animales o bien para repararles las patas y en más de una ocasión algún semoviente se abandonó al quedar inutilizado para el viaje, convirtiéndose en milagroso alimento para los hambrientos nativos. Después de cuatro días de camino, el grupo expedicionario llega a Santo Tomás, una población ya conocida por Kino en su viaje de reconocimiento que realizó con Contreras un año antes. Aquí se incorpora el Jefe Leopoldo quien ofreció sus valiosos servicios de guía. Tres días después llegaron al arroyo “La Purísima” que descarga hacia el Océano Pacífico; la ruta quedaba trazada.

El descenso por el arroyo fue difícil y peligroso; la gran cantidad de rocas en el camino provocaron un viaje lento y cansado. Un enorme cañón se elevaba hasta el cielo mientras que el lecho del arroyo era una gris confusión de pedruscos. Un día después de Navidad Atondo escribe: “la ruta seguía entre tantas peñas que los más desmontaron para pasarlas y otros cayeron unos sobre las peñas y otros en el agua; a todas las demás cargas le sucedió lo mismo no obstante que los que iban desmontados cegaban los huecos de las peñas con piedras”. Pero el tramo malo por fin fue dejado atrás y para el día 28 de diciembre ya se encontraban en mejores parajes, tanto que una parte se quedó en un sitio

titulado “Los Inocentes”, en honor a la fecha mencionada. Para el día 30, Atondo, Kino, 18 soldados, 3 indios cristianos y dos cargas de bastimento se encontraron con La Mar del Sur, siendo esta la primera expedición que reconocía el Océano Pacífico por California. El mismo día 30 tuvieron un primer encuentro con los nativos de la región; una vez más Kino desempeñó un papel de mediador y pacificador, valiéndose de pequeños regalos e intentos de diálogo demostrando a su modo la buena fe de los forasteros. Pero la noticia del día fue el descubrimiento de unas enormes conchas azules de abulón, tan grandes que los nativos las usaban como vasos para beber. Así también, encontraron osamentas grandes, medianas y pequeñas de ballenas, un espectáculo que hoy en día distingue a esta región del mundo; es conocido el hecho de que estos mamíferos navegan durante largas distancias para tener a sus crías en estas cálidas aguas del Pacífico.

Ruta de la Expedición de San Bruno al Pacífico por Kino y Atondo (Amplificar).

Atondo dio el título de Bahía de Año Nuevo al estero visitado, haciendo alusión a la fecha de llegada (aunque en realidad fue dos días antes). Para el día 13 de enero de 1685 los exploradores estaban ya de regreso a San Bruno, con la buena noticia de haber cruzado la “isla más grande del mundo”, pero con la tristeza de un viaje lento, difícil y muy cansado, con expectativas poco halagüeñas para formar una Misión de mayor éxito que la que estaban intentando en el Golfo. Atondo continuó realizando recorridos ahora hacia el sur acompañado por Goñi en esta ocasión, aunque la travesía inevitablemente tuvo que hacerse bordeando a la Giganta por la costa. El Almirante no logró su propósito de llegar hasta la Bahía de Magdalena, aunque logró visitar lugares que después serían famosos años más tarde; a lo largo de 150 kilómetros Atondo visitó y nombró 14 rancherías y pudo haber visto un total de 2 a 3 mil personas. No había tierras susceptibles de cultivar, ni agujas aprovechables para el riego pues la mayoría eran pozos abiertos en arroyos secos, ni siquiera árboles que pudieran emplearse para construir. Solo cuervos, patos, grullas y pájaros marinos fueron avistados. En cuanto a los nativos, eran altos, robustos, bien parecidos y más numerosos que en ninguna otra parte de California. Para el día 6 de marzo la expedición regresa a San Bruno inconforme y con las manos vacías; después de un año y medio en California las buenas noticias escaseaban así como los suministros. La única esperanza para sufragar los gastos de California serían las perlas que al parecer abundaban en los mares de la región, así que todo dependería de los buscadores que Atondo con tanta ilusión había solicitado a las autoridades.

A mediados de marzo “La Balandra” llega a San Bruno bajo el mando de Francisco de la Aberiaga; para el día 26 “La Capitana” por fin regresa también trayendo a bordo cuatro pescadores y algunas provisiones; pero el escenario que encontró Guzmán se veía en

plena calamidad. Más de un año y medio de sequía había provocado pocos riegos y cultivos, y para colmo, surgió un brote de escorbuto que para el mes de abril se convirtió en epidemia. El agua también se estaba convirtiendo en salobre y poco a poco empezaron a morir soldados mientras que otros quedaron paralíticos; la mayoría sufría estragos de la enfermedad. Los problemas para Atondo se multiplicaron: el Virrey ya pedía bautismos los cuales se podían contar con los dedos de las manos; la inversión en la California se acercaba al cuarto de millón de pesos y no se veían los frutos del trabajo misionero. Atondo convocó a una junta de Consejo para darle salida a la situación; asistieron Kino, Goñi, Guzmán, Muñoz de Moraza, Lezcano, Contreras y el cirujano Castro. La lista de soldados en activo llegó a 15, pues 39 estaban inhabilitados y 4 habían muerto. Finalmente se resolvió enviar a los enfermos en La Capitana hacia Yaqui, esperando que con el buen clima y mejor alimentación los pacientes se recuperaran; después, con la tripulación posible la misma Capitana al mando de Guzmán y Kino, tratarían de encontrar un mejor sitio para la Misión hacia la región norte de la California, mientras que Atondo y Goñi por su parte le darían forma al proyecto de las perlas. El Padre Eusebio nunca estuvo de acuerdo con abandonar San Bruno, pero pese a su dolor, inevitablemente tuvo que aceptar la triste realidad.

El adiós a San Bruno; ¿en donde terminarían sus días estos primeros barcos fabricados en el noroeste de México? (Pintura de Pierre Puget acerca de barcos de guerra, 1670).

A principios del mes de mayo el plan se pone en práctica. El día 6 se iniciaron los preparativos en los cuales los mismos indios también se incorporaron en la ayuda. Empacar las pertenencias fue un trabajo muy lamentado para los colonos que como pudieron acomodaron de nuevo a los mejores caballos; el resto terminó en banquete para los nativos. Muñoz de Moraza agonizaba, era uno de los más graves y terminaría falleciendo dos días después de llegar al Yaqui. El 8 de mayo de 1685, por la tarde, La Capitana con el Padre Eusebio y Guzmán a bordo se despiden de San Bruno; siete muchachos se animan a viajar con Kino pero el Almirante solo acepta a dos con la condición de que ayudaran al Padre en el aprendizaje de la lengua nativa; el resto se bajó de la nave con lágrimas sinceras y sonoras que conmovieron a todos. Una niña de 15 años llamada Francisca, huérfana por la muerte de su padre de manos de los españoles, que sirvió en la casa del Almirante y aprendió buena parte del Catecismo, también quedó desconsolada y sufrió con el P. Eusebio aquella amarga despedida; es aquí cuando Kino pensó por vez primera en desarrollar Sonora a fin de salvar "las Californias".

La península bajacaliforniana, inicialmente denominada California, fue conocida a través de los primeros contactos iberos protagonizados por Fortún Jiménez y Hernán Cortés en 1533 y 1535, respectivamente. Entró a los registros de exploraciones al ser considerada

como una isla de grandes riquezas, causa que motivó el primer intento de colonización protagonizado por el conquistador de Tenochtitlan. Posteriormente se le concedió importancia por la posición estratégica para la seguridad de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

Hubo de pasar 160 años —durante los cuales se registraron exploraciones esporádicas y otro par de intentos de colonización— para que tuviera éxito la entrada definitiva de la dominación, la que se logró a partir del año 1697 por la orden religiosa de los jesuitas, quienes en sus esfuerzos de evangelización desarrollaron un importante papel histórico y, en el campo del conocimiento lingüístico, una magnífica obra que no fue superada por las corporaciones religiosas que la sucedieron en el siglo xviii, como fueron los franciscanos y los dominicos.

Los grupos indígenas representativos en toda la extensión peninsular se identificaron con los nombres de pericúes, guaycuras y cochimíes, denominaciones con las que también, en forma general, fueron conocidas las lenguas que se hablaban en su territorio. De las dos últimas, los misioneros reconocieron varios dialectos que no fueron catalogados específicamente, como tampoco dejaron estudios completos de las lenguas generales. Al iniciarse el periodo misional, estos grupos indígenas entraron en el verdadero proceso de aculturación del que no pudieron sustraerse. Su rudimentaria cultura presentó a una sociedad arraigada en el sistema de vida trashumante y, por ende, centrada en las tres actividades fundamentales: la caza, la pesca y la recolección de frutas y raíces. La condición de su vida tradicional no fue ocasional, estaba determinada por la falta de estímulos de la naturaleza, propia de la situación geográfica de una larga península de 1200 km. que además se distinguía por su posición de aislamiento de otras formas de vida respecto al macizo continental. Acorde al medio físico hostil, estas culturas se adaptaron y en su nivel de desarrollo se mantuvieron estancadas hasta la llegada de los misioneros religiosos. En estas circunstancias, a los misioneros jesuitas les sorprendía las manifestaciones de las costumbres cotidianas de los indígenas, base para importantes estudios testimoniales de carácter antropológico legados a la posteridad. La imposición del nuevo estilo de vida, opuesto a los patrones de la vida milenaria de los indígenas, produjo en un corto tiempo, el más grave fenómeno sociológico de la historia peninsular.

A partir de los autores clásicos de la historia de las Californias se han hecho cálculos sobre la población aborígen en la península, en mucho de los casos repetidos por los investigadores de nuestra época, en donde se muestran cantidades muy variadas<sup>1</sup> por lo que se infiere que nunca conoceremos la cifra exacta; sin embargo, para el presente estudio partiré de los cálculos que nos ofrece S. F. Cook,<sup>2</sup> quien presenta tanto cifras estimables como de censos del periodo misional, reconocidas por diversos estudiosos del

tema que aceptan la cifra de 41500 indígenas como base poblacional de la península bajacaliforniana. Sin embargo, recientemente el doctor W. Michael Mathes consideró que la obra de Cook es “altamente especulativa”, mientras que otros autores lo toman como base de comparaciones. Al respecto Ignacio del Río al considerar la propuesta estadística de J. J. Baegert, nos dice:

“...Podría objetarse un cálculo como éste (de cuarenta a cincuenta mil indígenas), hecho sin rigor estadístico y ante circunstancias —como la del desconocimiento que entonces se tenía de la población del norte peninsular— que ciertamente impedían hacer una cuantificación de veras confiable de la población aborigen Pero tenemos, por otra parte, que algunas investigaciones modernas coinciden más o menos en sus resultados con la estimación hecha por el alsaciano. Son de citarse a este respecto los cálculos demográficos de Sherburne F. Cook, quien, mediante la aplicación de varios métodos de computación diferentes cuyos resultados promedio, obtuvo cifras que no se apartan de las propuestas por Baegert. La conclusión de Cook, en efecto, es que, hacia la fecha en que se estableció la primera misión permanente en la península, existían alrededor de 41500 californios”.

El fenómeno de la disminución de la población indígena durante la colonia no fue particular de la península, se presentó en diversas regiones de Nueva España ocasionado por la obra de conquista y colonización europea que vino a desequilibrar el orden establecido y que marcó el enfrentamiento entre las culturas indígenas y la europea. En lo que respecta al decrecimiento demográfico en la península, en razón a que la penetración europea fue tardía, el proceso se recrudeció seriamente durante la primera mitad del siglo xviii obedeciendo a diversas causas originadas por el choque cultural que impuso cambios decisivos en la vida tradicional de los indígenas que la habían conformado durante siglos de existencia.

El nivel cultural alcanzado por los indígenas, aunque bajo en su alcance, fue firme y estable, adaptando su existencia y sus costumbres al medio geográfico peninsular. Los misioneros jesuitas, con la intención de enseñar y cimentar el cristianismo entre los indígenas, les cambiaron su ancestral forma de vivir, y fue, sin habérselo propuesto, uno de los medios para iniciar su extinción. En la California jesuítica se pretendió crear una sociedad singular, no permitiéndose la entrada y permanencia de colonos —fuesen españoles, criollos o mestizos— ajenos a los intereses de la congregación religiosa, para evitar acarrearles vicios a los indígenas. Como rectores de la vida peninsular, fueron ellos quienes alteraron las costumbres indígenas y ocasionaron la reacción violenta de los indios pericúes y de los grupos de filiación guaycura, iniciándose la descomposición social, perjudicándose solamente la base indígena. Los pericúes fueron los primeros en

manifestar su rechazo al sistema de vida que representó el misionero, comenzando una cruenta insurrección en el año 1734 ubicada principalmente en la parte meridional de la península, en donde fueron combatidos primero con acciones punitivas que incluyeron desde el destierro de sus mujeres hasta las acciones militares, que en conjunto, Ignacio del Río califica como una “campaña militar de reconquista”, en donde además de los actos bélicos de exterminio incluyó el manejo de alianzas con grupos indígenas para tomar partido contra los insurrectos cuyas consecuencias son claros indicadores que plantearon el inicio de la desintegración social entre los indígenas.

La pacificación tanto de los pericúes como de los uchitíes y coras fue obra de don Manuel Bernal Huidobro, gobernador de Sinaloa; sin embargo en la península persistió una situación inestable. En 1737 hubo un intento de asesinato a un sacerdote de San José de Comondú que pudo haber iniciado el problema pero no fue de mayor trascendencia, como tampoco el insistente rumor, durante ese mismo año, de un posible ataque guaycura a la misión de San Javier. Fue hasta el año 1740 cuando surgió una nueva rebelión pericú, ahora de menores consecuencias pero motivada por las mismas causas que la anterior insurrección, siendo sofocada rápidamente. Ambas rebeliones pericúes obedecieron al mismo espíritu de independencia del sistema que en casi dos decenios les impusieron los misioneros jesuitas, lo que iba en contra de sus costumbres tradicionales y que deseaban rescatar a toda costa.

Además de las consecuencias de la guerra, sufrieron tres epidemias entre los años 1742 a 1748, las que diezmaron a su población de tal manera “que no quedó ni aun la sexta parte de la gente, que tenía antes de la nación pericú”.

A la desgracia de las enfermedades se le agregó la rebelión de los uchitíes, rama de los guaycuras ubicados desde La Paz hasta Todos Santos, quienes tuvieron como respuesta una violenta guerra de exterminio de la que Barco da noticias cuando nos dice: “De esta suerte se acabó en el sur esta nacioncilla, que nunca estuvo bien reducida: y sólo quedaba de ella un mozo en el pueblo de Todos Santos al tiempo que salieron de aquella península los padres jesuitas”.

Los datos anteriores nos dan una idea clara que tanto las guerras como las enfermedades epidémicas fueron las causas principales que provocaron la disminución de la población indígena. Las cifras hablan claro y nos dan idea del fenómeno acaecido en nuestra península durante la presencia jesuítica. A su salida, en cumplimiento de la orden real que los expulsó del reino español y que en la península se ejecutó hasta el 3 de febrero de 1768, sólo quedaron 7 149 indígenas, y para 1769 disminuyó la población hasta 6 133 habitantes.

Los jesuitas fueron remplazados por los padres franciscanos del Colegio de San Fernando de México (1768-1772). Lo más notable, en cuanto al tema tratado, durante la permanencia de los franciscanos fue el haberse registrado una nueva epidemia durante el año 1769 por lo que mermó considerablemente a la población indígena, como se mencionó en el dato anterior.

Para ilustrar más claramente el fenómeno de la disminución de la población aborigen recurro a la tabla proporcionada por S. F. Cook, en donde se nos da a conocer el número de la población del área jesuita de la península, basado en cálculos estimativos y censos de población.

Tabla de cifras estimativas y censales

1697 aborígenes (promedio) 41 500

1728 estimativo 30 500

1742 estimativo 25 000

1762 estimativo 10 000

1768 censo 7 149

1772 censo 5 094

1775 censo 3 972

1777 censo 5 424

Al cálculo estimativo de Cook para el año 1742 sobresale la confirmación de la cifra casi igual, si comparamos el dato proporcionado por el conde de Revilla Gígedo, cuando afirma: "En los años (17)40, se computaba el número de estas gentes en 22 000 almas de los dos sexos y de todas las edades; pero cuando se retiraron los regulares extinguidos, no excedieron de 8 000..."

Efectivamente, el dato proporcionado a la salida de los jesuitas se ilustra en forma específica a lo correspondiente en cada una de las misiones de la península, las que se extendieron desde el extremo sur hasta el grado 31, en una extensión de 300 leguas, según lo señala Lorenzo Hervás.

Misiones de los jesuitas en California en el año 1767

1.- Todos Santos, o Santa Rosa

90

2.- Santiago	550
3.- Nuestra Señora de los Dolores	450
4.- San Luis Gonzaga	310
5.- Nuestra Señora de Loreto	400
6.- San Francisco Xavier	485
7.- San Joseph Comandú	360
8.- Concepción	130
9.- Santa Rosalía de Mulegé	300
10.- Nuestra Señora de Guadalupe	530
11.- San Ignacio de Kadakaamang	750
12.- Santa Gertudre	1000
13.- San Francisco de Borja	1500
14.- Santa María, que se fundaba en 1767	330
TOTAL	7 185

Tomando como base a Cook sobre los datos de 1697, fecha con la que se inició la evangelización con la llegada de los jesuitas hasta su salida en el año 1768, es alarmante comprobar que la población aborígen se diezmó en un 82.78%; que el índice de mortandad prosiguió en aumentó alcanzando un 87.73% hasta la salida de los franciscanos en 1772, y tres años después, al 90.43%. Todo esto tan sólo en 78 años. De acuerdo a la cifra del censo de 1772 que nos proporcionó Cook, y comparándola con los datos obtenidos del informe del franciscano Juan Ramos de Lora, que es anterior al citado censo rendido en abril de 1772, casi coinciden las cifras. La suma de la población indígena de los centros de asentamientos que para esa fecha perduran, arroja la cantidad de 5692 indígenas en la península. Se especifican las siguientes cantidades:

San José del Cabo	50
Santiago,	60
Todos Santos, más de	100
San Francisco Javier,	293

Loreto,	220
San José de Comandú,	322
La Purísima,	171
Misión de Guadalupe,	176
Mulegé,	186
San Ignacio,	572
Santa Gertrudis,	1244
San Francisco Borja,	1538
Santa María,	411
San Fernando Velicatá,	349

Si repartimos esas cantidades en las actuales entidades políticas de la península, corresponderían 2 150 indígenas a Baja California Sur, y 3 542 a Baja California.

Siguiendo el orden cronológico de esta relación de hechos encontramos algunos datos interesantes en el informe rendido por don Pedro Fages, inspector general de las Provincias Internas, fechado el 20 de octubre de 1786 y enviado al virrey Bucareli, informe que entre otras cosas, dice:

Las misiones de San José, Santiago, Todos Santos, San Javier, Loreto, Comandú, Cadegomó, Guadalupe y Mulegé van a pasos gigantes a su total extinción. La razón es de tal evidencia que no deja duda. El mal gálico domina a ambos sexos, y en tal grado, que ya las madres no conciben, y si conciben, sale el feto con poca esperanza de vida. Hay misiones de las citadas, que há más de un año y meses que en ella(s) no se ha bautizado criatura alguna, y la que más no llega a cinco bautizados siendo cosa de admirar que excedan los muertos en el año pasado de los de edad de 14 años para abajo a los nacidos.

Considerando este angustioso informe y tomando en cuenta la fecha en que se rindió, merece nuestra atención el dato proporcionado por don Pablo L. Martínez quien al hacer el resumen histórico del siglo xviii señala: “Al terminar el siglo la población indígena de toda la península se estimaba en 4 500 individuos y la española y mestiza entre 700 y 800”.

Al respecto, la información del conde Revilla Gigedo correspondiente a la última década del siglo xviii registró: “...no llegan a 6000”, al referirse a la población indígena de la

península, cifra en la que se incluyó a las familias de las últimas misiones fundadas por los dominicos, como fueron la de Nuestra Señora del Rosario, Santo Domingo de la Frontera, San Vicente Ferrer, San Miguel del Encina y Santo Tomás.

En el proceso histórico de la península se siguió manifestando el descenso en su población indígena, lo que se registró aún durante la primera década del siglo xix si atendemos el dato que nos proporciona Francisco Santiago Cruz cuando dice: “Según censo levantado en 1810 por un visitador, la población de la península se suponía de 2300 indios y 2150 españoles”.

No es el propósito analizar más allá de estos datos, que con sólo su lectura nos permite comprender el fenómeno presentado por la extinción de los tres grupos característicos de la península: pericúes, guaycuras y cochimíes, al menos de la actual Baja California Sur. Sobre el último de los grupos indígenas mencionados, cabe aclarar que para el presente estudio su delimitación se extiende hasta donde los jesuitas la identificaron bajo un tronco común y una misma denominación, y que los estudiosos modernos la han ubicado en el tronco protoyumano que prácticamente conforman una unidad del concepto lingüístico, esto en comparación con los cochimíes de la parte septentrional de la península, en donde aún subsisten algunos grupos conocidos como paipais, tipais, quiliwas y cucupás, perteneciente a la familia yumana.

Al respecto, Miguel León-Portilla, afirmó: “El caso de las lenguas de estos últimos grupos difiere por completo del de aquellos otros cuyos hablantes han desaparecido”.